

## **El mistero de la suplantación**

**o**

### **Por qué vale la pena ponerse los zapatos de otr@ a la hora de escribir**

Toño Malpica

De todos los jurados, sólo uno no se fue con la finta. Dos hasta hubiéramos puesto la mano en el fuego. La novela se llamaba –se llama– "El ritual de la banda", que para más señas es la autobiografía de una rockera que se quedó atorada en el camino al estrellato. Ya habíamos deliberado y estábamos por premiarla. La verdad, en ese momento de café y galletas mientras iban por la plica, hasta hubo especulaciones respecto a la identidad de la autora. De su edad también, pues parecía compartir referencias generacionales con varios de los que ahí departíamos. Pero lo que sí era seguro es que se trataba de una mujer, de eso no nos quedaba la menor duda. La novela era divertida, reflexiva pero, sobre todo, auténtica. Al menos a esos dos –que ahora tendríamos una mano completamente chamuscada– nos parecía que una de las razones para premiar a la chava que la había escrito era esa voz tan genuina que había sabido imprimir a su personaje. Poco después pude conocer en persona a Fidencio González Montes, el creador y responsable de aquella Priscila tan contundente y veraz. Y, por supuesto, lo primero que hice después de felicitarlo, fue preguntarle cómo, por amor de Dios, le había hecho. Sólo se encogió de hombros y me regaló una sonrisa, como disculpándose, ignorante él mismo de la mecánica de su prodigioso engaño. Al parecer no había mayor magia, mayor alquimia, ningún secreto o fórmula, simplemente lo había escrito así. Claro que nadie podría creer tanta inocencia y lo incordié todo lo que pude, incluso me atreví a insinuar que tenía a la verdadera Priscila amordazada en un clóset escribiendo la segunda parte mientras él se gastaba la lana del premio. Nada. Lo más que le pude sacar es que había utilizado como modelo primaria a su propia hija, pero aquí entre nos, se veía que lo decía por decir, por quitarse de encima al engorroso Antonio Malpica y seguir la fiesta.

Tales milagros son posibles. Y la prueba es "El ritual de la banda", donde cinco jurados fuimos obligados a leer sin conocimiento –siquiera– del sexo del autor. Y de ahí que nos fuéramos con la finta. Y en qué forma. En todo caso, el milagro evidenció lo que antes ya había yo sospechado al leer a la Olga Lavanderos de Paco Taibo II, a la Violeta de Xavier Velasco o hasta, ¿por qué no?, a la Carlota de Fernando del Paso. Que sí se puede la usurpación en toda forma de un personaje, tocados, crinolinas y todo. Porque no es lo mismo describir que suplantarse. No es lo mismo decir: "Estaba un día Carlota en el exilio escribiendo

una carta cuando...", que decir: "¡Ay, Maximiliano, si tan sólo hubiera sabido entonces lo hipócrita y lo mentiroso que eras!"

Tales milagros son posibles pero no dejan de sorprender. Y ya puestos de este lado del mostrador, tengo que confesar que, si me hubiera tocado que a mí me incordiará algún colega en una fiesta, habría tenido yo también que encogerme de hombros, sonreír y echarme a correr al menor descuido. Porque no hay secreto, en efecto. O fórmula mágica. En teatro se ejercita mucho esa cualidad, pues no se puede hacer hablar a un personaje femenino si no se vuelve uno –un poco, aunque sea– ese personaje. Pero no hay forma de saber si uno no está haciendo hablar a la tía, a la quinceañera, a la madre superiora, como tío, quinceañero o padre prior sin darse cuenta.

En Billie Luna Galofrante, corrí el riesgo yo también. Escribí más de 300 páginas en primera persona, hablando en la voz de una viuda atribulada de 33 años. Y recuerdo que, cuando Laura, mi mujer, terminó de leer el manuscrito, me echó en cara: "¿Y qué vas a escribir después de esto si aquí estás todo tú?". En ese momento quise creer que se refería al hecho de que, en tal novela, hay mucho de mí, las cosas que me interesan y me han forjado (el jazz, la ingeniería de sistemas, las hadas con vestido de hojas), pero luego me entró la verdadera duda: ya se dio cuenta de que Billie, en realidad, soy yo con falda. Pero preferí callarme la boca y no indagar más, no fuera a confirmar mis sospechas. Y como en la editorial nunca me dijeron nada, dejé a Billie seguir con sus tacones por su cuenta.

Ahora me entero que es un libro que gusta especialmente a las mujeres. Y a las mayores de treinta, más. ¿Por qué? Porque se identifican con la protagonista, mujer trabajadora, madre de dos demonios (uno azul y enmascarado), sensible, graciosa, esperanzada y escéptica. Okey, pero... ¿cómo le hice si yo mismo, cuando estaba recién escrita mi *alter ega*, todavía tenía mis espantosas dudas? ¿Cómo le hiciste, Toño? ¡Confiesa! Aquí es donde uno se encoge de hombros, señala a la distancia y dice "¿Que ése de allá no es Pedro Infante?" y sale del recinto para abordar un taxi a la carrera.

La verdad, es un misterio. Pero si tuviera que aventurar una hipótesis, diría que todo tiene que ver con la empatía inter-sexual de los últimos tiempos (y que podría derivar a intertextual, pero no nos pongamos semántico-filosóficos que no hay tiempo y no es el caso).

Dicen que dijo Lincoln que todos los hombres nacen iguales, pero es la última vez que lo son. Y cuando dijo "hombres", se refería al genérico que nos robó Fox. Sí, hubiera podido decir "todos los hombres –y las mujeres, Martita, no te esponjes– nacen iguales, pero..." En fin, a lo que quiero llegar es que, las marcadas diferencias culturales que existían en tiempos de Lincoln y Carlota, se disipan día a día. La levita y el polisón han sido sustituidos por los

jeans. Y hombres y mujeres somos cada vez más parecidos, nos preocupan las mismas cosas y estamos más cerca los unos de los otros. Con sus respectivas y maravillosas diferencias, pero ya no nos es tan difícil ponernos en los zapatos (tenis o zapatillas) del otro.

Con Billie Luna, Coqui, Oli y la nena de "Mi abuelo es poeta", mis cuatro personajes femeninos en primera persona, he sido, por varias páginas, mujer, princesa y niña. Y me ha gustado. Me ha hecho acercarme aún más a mis lectoras y a las mujeres de mi vida, comprenderlas y quererlas más. Y es algo que deberían experimentar todos los autores, por mucho que les guste el box, proferir maldiciones y mascar tabaco. Es la única forma de salir a la calle con el tutú puesto sin que te detenga una patrulla. Y se disfruta bastante. Bastante. Se los digo yo que hasta rímel y lipstick y corpiño... aunque sigo (como Fidencio y supongo que don Ferndando del Paso) sin tener una explicación para ello.

Un misterio, pues. Un maravilloso, real y encantador misterio.